

## LA VENTANA

**A**L empujar, el viento, producía un ruido semejante al movimiento monocorde de las hojas de una ventana de madera. Era la media noche. En una de las plantas del edificio, las luces comenzaron a encenderse; el ruido se hizo continuo. Transcurrido algún tiempo, las luces fueron apagándose.

Los cuerpos se movían en los lechos, intentando conciliar el sueño. En algunos momentos el silencio traía esperanzas; sin embargo, pronto surgía la inquietud: se pensaba, sin duda, que el sonido discordante podía repetirse.

Miguel, uno de los habitantes de aquella planta, permanecía con los ojos abiertos. Su rostro se mostraba tenso, esperando los golpes, o relajado, cuando el suceso había pasado. El hecho ocurría con frecuencia.

Miguel intentó concentrarse: —"Quizá sea una ventana de la planta inmediata" —pensó. Después le llamaron a través del tabique.

—¿Estás despierto?

—Sí, Juan.

—¿Por qué?

Miguel no supo responder. Juan era su hermano menor; diez años de diferencia, en la edad, era suficiente para atraer la admiración del otro. Miguel siempre había tratado de poseer la respuesta adecuada para no defraudar las preguntas de Juan. Por eso, ahora le parecía ridículo confesar que estaba angustiado por el movimiento de unas hojas de madera. Miguel había convencido a su hermano del valor de sus cualidades, pese a la desventaja de tener que andar con muletas, y le había alentado en sus primeros contactos con la vida.



Juan insistió:

—¿Qué respondes?

—Nada hay que responder.

El choque de las maderas, más insistente, quebró el diálogo. Sonó un golpe violento.

—¿Has oído? —preguntó Juan.

—¿A qué te refieres? Si se trata de una ventana, no has de preocuparte, durante el día miles de ellas se abren y cierran.

—Es cierto. Sin embargo, estamos despiertos ahora, a media noche. Mañana tienes que trabajar.

—Y tú no debes faltar al Liceo.

—Los profesores me han concedido privilegio; tal vez consideren que mi andar no puede ser tan eficaz como el de los otros alumnos.

—Este viento es capaz de despertar a cualquiera —afirmó finalmente Miguel.

Se produjo un golpe prolongado y cercano. Miguel cerró los ojos e imaginó unas duelas comidas por la carcoma. Alargó las manos. Se avergonzó en la oscuridad.

Miguel fue perdiendo tensión. Su cuerpo se relajó. Agudizó el oído con el fin de asegurarse del hecho; nada oyó. Quiso cerciorarse, y tocó el tabique.

—¿Oyes algo, Juan?

Nadie respondió. Miró el reloj; marcaba las cinco de la madrugada. Pensó que Juan se había dormido. Recordó que antes dormían en el mismo cuarto y que el cuerpo de su hermano se abandonaba tranquilo, con el rostro casi sonriente, en las profundidades del sueño.

Pasaron algunas horas. Miguel permanecía vigilante. No comprendía que algo tan trivial como los golpes de una ventana pudiera producirle semejante desazón. Tenía que tratarse de una ventana abandonada y muerta. Una ventana viva descansa, abierta o cerrada en la noche, mientras que durante el día cumple mil funciones: enmarcar, engrandeciendo, a la persona que se asoma a ella; crear el ambiente de intimidad; cerrar los espacios; apoyar el saludo; aparecer como podium desde el cual puede injuriarse.

Pensó en la relación entre el Poder y las ventanas: el Poder siempre habla desde la "gran ventana", regalando sonrisas o exigiendo lealtades; la Historia lo prueba. Pensó en la ventana del discursador, con su marco estricto, que recorta la figura del individuo. Pensó en la ventana de los ena-



morados, verdadero hueco furtivo; acechado por ojos maliciosos, y en las ventanas humildes y alegres, llenas de flores.

Recordó el tiempo de la infancia: la casa de Emilio Velas, donde jugaba al escondite, saltando por la gran ventana de la fachada principal; recordó la solidez de la ventana, los pasadores que imponían franquearla, sus defensivas estructuras; se trataba de toda una ventana que, en situaciones como la presente, no hubiera abandonado sus hojas al destino del viento. Recordó igualmente la ventana que existía en el hogar de su abuela, siempre cubierta de visillos blancos, atalaya para mirar velado. Recordó otras ventanas significantes en su existencia: la ventana por la que asomó su rostro la tía Mercedes para despedir el féretro de su esposo; la ventana por la que descendieron tres niños agarrados a una cuerda para huir del fuego provocado por "Eliás el Loco"; la ventana de la "Casa de la Fruta", frente a la cual permaneció sentado, horas y horas Ramón, el Pregonero, anunciador del mercado... El cansancio le rindió.

De mañana trató de analizar lo ocurrido la noche anterior. Reflexionó sobre la cuestión y le pareció ridícula. Llamó a su hermano, como hacía regularmente, pero no oyó respuesta. La impaciencia le condujo hacia la habitación de Juan; con sorpresa descubrió la puerta abierta; penetró y no estaba.

Le buscó por la casa. Recorrió las piezas sin resultado. Finalmente, anduvo un corredor que daba acceso a la parte posterior de la vivienda. Al iniciar este recorrido, encontró una de las muletas de Juan; sintió zozobra, y articuló algunas expresiones en voz alta. La luz, demasiado tenue, le impedía ver. La inquietud creció. Algo inesperado apareció ante sus ojos: Juan, sentado en el suelo, miraba hacia lo alto, donde una pequeña ventana permanecía en continuo y leve vaivén.

Miguel prestó atención, pero no percibió ruido alguno. Se acercó a su hermano y, levantando su cuerpo, lo abrazó.

